

El Periplo Sustentable

Universidad Autónoma del
Estado de México

<http://rperiplo.uaemex.mx/>

ISSN: 1870-9036

Publicación Semestral

Número: 40

Enero / Junio 2021

Artículo**Título**

Turismo e historiografía del saber:
entre la historia del progreso y la
emergencia de los olvidados

Autores:

Gabriel Joaquín Comparato

Fecha Recepción:

10/08/2019

Fecha Reenvío:

22/09/2020

Fecha Aceptación:

11/03/2021

Páginas:

274 - 301

**Turismo e historiografía del saber: entre la historia del
progreso y la emergencia de los olvidados****Tourism and historiography of knowledge: between the
history of progress and the emergence of the forgotten****Resumen**

El presente escrito se propone problematizar y analizar, en clave metahistórica, el tratamiento que han tenido los estudios turísticos como objeto de estudio enfatizando en algunas particularidades latinoamericanas en el escenario de posguerra. Lejos de ser exhaustivo y excluyente, toma como punto de partida un área de vacancia de la literatura con una impronta reflexiva, en el que se combinan debates historiográficos generales y, a posteriori, discusiones más específicas del campo. En este sentido, se propone desarticular un tipo de hacer historia, cargada de continuidad y coherencia, para dar lugar, propedéuticamente, a sesgos, déficits y relaciones de poder. Específicamente, a partir de una revisión de la literatura, se identificó que dentro de los estudios turísticos históricos prevalece una tendencia a ser racionalista, gradualista y consensual, marcada por una narrativa con hegemonía occidentalizada y angloparlante, recurriendo a holgadas y estrechas fuentes historiográficas. Pero lejos de dar un cierre y pretender realizar una propuesta totalizadora, el trabajo apunta a la necesidad de profundizar los ejercicios de reflexividad disciplinar en lo relativo a la construcción, reconstrucción y deconstrucción de las narrativas históricas. Es una invitación más que un cierre y, en particular, a reflexionar no solo cognoscitivamente, sino también, y simultáneamente, en clave política.

Palabras clave:

Estudios Turísticos – Historiografía – Historia Intelectual

Abstract

This paper intends to problematize and analyze, in a metahistorical way, the treatment that tourist studies have had as an object of study emphasizing some Latin American particularities in the post-war scenario. Far from being exhaustive and exclusive, it takes as its starting point a vacancy area of literature with a reflexive imprint, in which general historiographic debates and, a posteriori, more specific field discussions are combined. In this sense, it is proposed to break up a type of history, loaded with continuity and coherence, to give rise, bias, deficits and power relations. Specifically, from a review of the literature, it was identified that within the historical tourist studies a tendency to be rationalist, gradualist and consensual prevails, marked by a narrative with westernized and English-speaking hegemony, resorting to baggy and narrow historiographic sources. But far from closing and pretending to make a totalizing proposal, the work points to the need to deepen disciplinary reflexivity exercises in relation to the construction, reconstruction and deconstruction of historical narratives. It is an invitation rather than a closure and, in particular, to reflect not only cognitively, but also, and simultaneously, in a political key.

Keywords:

Tourist Studies - Historiography - Intellectual History

Del
AUTOR

**Gabriel Joaquín
Comparato**

Instituto de Investigaciones en
Turismo - Facultad de Ciencias
Económicas, Universidad Nacional
de la Plata, Argentina.

gabrielcomparato@gmail.com

Introducción

Así como puede ser evidente la expansión de la literatura científica referida al turismo, tal como lo han referido diversas estimaciones bibliométricas (Sheldon, 1991; Svensson, et al., 2009; Köseoglu et al., 2016), también es cierto que lejos de ser un proceso homogéneo presenta, por el contrario, desarticulaciones y desequilibrios temporales, espaciales, epistemológicos y disciplinares. En este sentido, y en términos relativos, resultan escasos e irregulares los abordajes historiográficos en habla hispana cuya operación analítica se realiza a partir de un segundo nivel o en términos de segundo orden. Es decir, cuyo recorte o definición problemática no depende de un hecho o proceso histórico concreto, sino cuyo objeto de análisis son las normas, autores y producciones científicas, considerando sus decisiones teóricas y metodológicas, sus alcances y sus enfoques, los recortes y encuadres temporales, los perfiles de los investigadores, entre otros focos analíticos. Se trata de una historiografía del saber o cómo le han denominado ciertas corrientes, trazar, construir y deconstruir historias intelectuales vinculadas al conocimiento científico turístico.

De ahí que el presente escrito busque reflexionar críticamente, y en clave metahistórica, en torno al tratamiento historiográfico que han tenido los estudios turísticos como objeto de estudio enfatizando en algunas particularidades latinoamericanas en el escenario de posguerra. Para ello, en carácter de investigación básica, se procedió metodológicamente a realizar una revisión y análisis bibliográfico en virtud de relacionar cualitativamente el campo de historia de la ciencia con el turístico y, con ello, diseñar una hoja de ruta asociada en dos escalas. En primera instancia, recuperar “diversos” y “selectos” debates historiográficos en términos del conocimiento y la ciencia en general. Tendrán ese carácter de “diversos” porque se caracterizan por heterogeneidad temporal y hasta con posicionamientos disimiles y distantes entre sí; y “selectos”, porque si bien no serán exhaustivos y excluyentes, se considera que resultan fructíferos al momento de realizar una re-lectura del campo de los estudios del turismo. Por otro lado, la segunda parte estará asociada a los estudios turísticos y, en particular, sobre algunas tendencias y sesgos que se identifican en su



quehacer historiográfico. Específicamente, se reflexionará sobre la tendencia a adoptar una narrativa racionalista, gradualista y consensual, marcada por una hegemonía occidentalizada y angloparlante y una poca democratización en términos de los actores y espacios dispuestos.

En virtud de lo anterior se parte de la necesidad que posee el turismo, en tanto campo del saber, de incorporar ejercicios de reflexividad epistémica que problematicen en torno a cuáles han sido los temas y problemas históricos seleccionados para investigar, las fuentes consideradas como legítimas, las periodizaciones y cortes temporales utilizados, los actores y espacios puestos en juego, y las pretensiones buscadas para dicho conocimiento. En este sentido, se entiende, tal como plantea Casas Orrego (2013:60), que la historia de la ciencia y la historia del saber, implica no solo un ejercicio intelectual que conlleva la investigación de hechos históricos sino, también, la pregunta de aquellos considerados “*no-históricos*”, los invisibilizados por los juegos del poder o el olvido. Es decir, un cambio de enfoque que invite a pensar la pluralidad y la inteligibilidad de los procesos de formación de los objetos y de regularidades discursivas, que hacen posible la emergencia de una ciencia, un campo, un saber, en una época dada y en una sociedad dada.

Cabría agregar, no obstante, que lejos de buscar profundidad, el presente escrito buscará generar un marco de preguntas e interrogantes. De tal manera la indagación no pasa por constituir una propuesta totalizadora, exhaustiva ni excluyente sino postular un aspecto de tipo propedéutico para recuperar y profundizar en próximas investigaciones. He aquí que se recupera un problema no solo cognoscitivo, sino también, y simultáneamente, de carácter político.

Consideraciones críticas generales (y heterogéneas) en la historia de la ciencia del siglo XX

“Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectivas, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y en rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones. Interrupciones cuyo estatuto y naturaleza son muy diversas”

(Foucault, 1979:5)



Una de las primeras aclaraciones conceptuales que se podría hacer se relaciona con identificar el alcance de la historia de la ciencia. Helge Kragh (2007) relata que la historia de la ciencia trata a esta en su dimensión histórica, siendo muy distinto a la ciencia en sí misma. Bajo estos términos, el análisis no sólo será histórico en el sentido de que contempla la ciencia en su dimensión temporal, sino principalmente en el sentido de que utiliza las técnicas y métodos que caracterizan la investigación histórica. Complementariamente a lo anterior, Pablo Lorenzano (2011) incorpora la categoría de análisis o estudios metacientíficos para entender esta diferencia. Se trata de campos, disciplinas, que tienen a la ciencia como objeto de estudio o, lo que es lo mismo, un saber de segundo orden sobre un saber de primer orden, la ciencia. De esta manera, uno de los reflexiones metateóricas posibles, aunque no única, tiene que ver con la filosofía e historia de la ciencia.

Pero lejos de constituir un campo que conlleva un acuerdo explícito y debate homogéneo, encarna numerosas disputas y debates epistemológicos que se dirimen no solo en los marcos historiográficos, sino que también y en virtud de ello, en las unidades de análisis puestas en juego, los objetos y pretensiones analíticas perseguidas, las fuentes consideradas como legítimas, el tipo de temporalidad seleccionada y, además, presupuestos ontológicos relativos a la ciencia-no ciencia y, por ende, en los criterios de cientificidad. De ahí que resulte necesario, en primera instancia, hacer visibles algunos de dichos debates, para luego reflexionar la importancia y potencialidad de la historia(s) intelectual(es) latinoamericana(s), como marco para abordar el campo de los estudios turísticos en su dimensión histórica.

Iggers (2012), por ejemplo, en su libro *“La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno”* observa que en la historiografía tradicional característica de los siglos XIX y primera mitad del siglo XX, operaba con una noción de tiempo “unidireccional” caracterizado por la existencia de una continuidad y sentido en la historia y, además, por la consideración de “una” historia en contraste con la multiplicidad. Por otro lado, relata que operaba con una noción de progresiva “modernización” o “racionalización” que era subyacente y una narrativa que no solo que planteaba coherencia en el transcurrir histórico sino que, además, posicionaba historia del mundo occidental moderno con un estatus privilegiado. Es decir, la historia del mundo coincidía con el de la occidentalización. A tal efecto, para el historiador estas transformaciones de la conciencia tuvieron varias consecuencias y, se dio lugar una fuerte crítica para dar fin a esta “*gran narrativa*”. En ese sentido, durante la mitad del siglo XX, se empieza a dar una fuerte crítica al el tiempo en el sentido newtoniano en tanto entidad objetiva, o kantiano en el sentido de una categoría universal de pensamiento.



Es decir, lejos de constituir un proceso homogéneo, durante la primera mitad del siglo XX, se gestaron diversas discusiones que tendrán un lugar privilegiado en la historia y filosofía de la ciencia. Por un lado, se podría destacar el conjunto de filósofos reunidos en el Círculo de Viena que abogaba por una concepción científica del mundo, situando la primacía del método inductivo, la unificación del lenguaje científico y del método científico. Por otra parte, se podrían destacar los aportes de los filósofos enmarcados en la Escuela de Frankfurt quienes no solo plantearon una revisión crítica de la sociedad y la cultura sino también de la ciencia y la tecnología (Gallegos, 2013). Estos últimos, recuperaron de Nietzsche y, a posteriori a Heidegger, en el rechazo al legado humanista característico de la Ilustración en la medida que la caracterizaron como una perspectiva elitista y antidemocrática. Es decir, donde ya no veían la ciencia un medio para liberar a los seres humanos sino, al contrario, como un medio de controlarlos y manipularlos (Iggers, 2012).

Di Pasquale (2011), por su parte, al momento de caracterizar los pensadores y los movimientos intelectuales que eran objeto de estudio de las denominadas “historias del pensamiento” y las “historias de la filosofía” de principios de siglo XX señala los siguientes problemas. Por un lado, se recaía en el sesgo de establecer una estrecha relación entre los pensadores “clásicos” y sus producciones textuales más representativas. De esta manera, relata que es común que se estableciera una línea realizara una *exégesis* de las obras principales, donde el investigador analizaba el corpus bibliográfico de los contenidos y temáticas centrales. Por otro lado, en las historias de la filosofía se estudiaban las ideas a través de los sistemas, escuelas o movimientos sin hacer énfasis en el análisis de conexiones posibles, sobre todo del contexto. Es decir, se priorizaban un estudio “configuracional” del pensamiento apoyándose en el análisis de los grandes textos u obras fundacionales. De esta manera, estas apreciaciones relegaban a segundo plano los rasgos del contexto social y la articulación entre una determinada corriente intelectual y los marcos culturales. En palabras de Palti (2007:299), y en base a los aportes posteriores de la Escuela de Cambridge, la historiografía tradicional se vio envuelta en una “*mitología de la prolepsis*”. Es decir, la búsqueda de la significación retrospectiva de una obra, presuponiendo cierto *telos* implícito en ella y que sólo en un futuro se revela.

Kragh (2007) es otro de los historiadores que invita a pensar la historia de la ciencia no bajo el rotulo de historia del progreso, característico de los siglos XVIII y XIX, para pensar las fuerzas impulsoras del desarrollo científico, donde la historia tiene un valor en sí mismo, y no necesariamente en su relación con el presente. De hecho dice que la historia anacrónica de la ciencia rara vez constituye



una estrategia historiográfica consciente y, en realidad, responde a una visión “presentista” de la historia. Moro Abadía (2006) reconociendo el carácter polisémico del presentismo, lo apunta en relación con lo que se ha denominado como “*whig history*”. En este sentido, y remontándose a Butterfield y Metzger (1931) critica la práctica de abstraer el análisis de su contexto histórico. Es decir, la tendencia de escribir a partir de la idea de procesos progresivo y causal, alabando las revoluciones que hayan tenido éxito, enfatizando ciertos principios de progreso y la misma producción de una narración histórica a partir de la ratificación y glorificación del presente. Dicho de otro modo para Metzger (1937:83 citado en Moro Abadía, 2006:158) los historiadores positivistas tienden a “*modernizar las ideas del precursor*” en lugar de comprender su pensamiento en el contexto que se produjo. De ahí que Moro Abadía (Ob. Cit.) dirá que una historia merece el calificativo “presentista” cuando su función termina siendo ratificar y/o glorificar la ciencia actual. Es decir, sin llevar a cabo las operaciones necesarias para comprender el pasado, y cuando, en realidad, la historia es puesta al servicio de la filosofía de la ciencia para demostrar la superioridad epistemológica de una teoría.

El mismo Kuhn (1971), hace ya casi 60 años de su primera edición del libro “*La Estructura de las Revoluciones Científicas*”, se manifestó en favor de una mayor integridad histórica y en evitar considerar a la historia como un depósito de anécdotas, de producción de crónicas o el mero resultado de un proceso de acumulación. De tal manera, y al momento de referirse a las transformaciones del conocimiento, incorporó algunas categorías que tendrán gran repercusión al momento de hacer o estudiar epistemología. En efecto, la idea de paradigma, en tanto constelaciones de creencias, valores y técnicas que comparten los miembros de una comunidad, pone en eje de debate la potencialidad de normalización de diversas teorías en sus aplicaciones conceptuales, instrumentales y de observación y, la vez, su potencial capacidad de determinar la ciencia normal. Por otra parte, invita a pensar la articulación entre factores internos y externos a la misma organización científica y, por tanto, a incluir una dimensión sociológica dentro del estudio e historización del conocimiento. De esta manera, la ciencia, y esto incluye la ciencia histórica, no puede ser reducida a un conjunto de procesos de pensamiento internos e incorpóreos de la disciplina. Existe en Kuhn lo que Gallegos (2013:162) denomina como un “*sugestivo cruce disciplinario entre historia, filosofía y sociología*”. En este sentido, para comprender cómo avanza la ciencia, lo que había que tener en



cuenta no eran solamente una serie de valores científicos fijos y específicos sino también el carácter social e histórico de los valores de la comunidad científica (Rieznik, 2007). De esta manera, Kuhn (1971) hará hincapié en la estructura comunitaria de la ciencia, en la medida que coexisten distintos niveles de comunidad y en donde se manifiestan en un doble rol, como productoras pero también, y no menos importante, como validadoras del conocimiento científico. Así como el periodo anterior al paradigma está marcado por debates frecuentes y profundos, superado se caracterizará por guías a la investigación con modelos directos y reglas abstraídas. No obstante aclarará que la ciencia normal no es una empresa única, monolítica o unificada, sino que dentro de un mismo campo puede existir más de un paradigma. Ello implica, que una revolución producida al interior de una tradición, no tendrá que extenderse necesariamente a todas las demás.

Kuhn (1971) invita, también, a pensar en la arbitrariedad en la que se ve imbuida el investigador al periodizar y dar un marco estructural que divide en periodos históricos. Dicha división o delimitación es en sí misma arbitraria. Mismo criticará la historia resultante a partir de su organización horizontal, su correspondiente tendencia a caer en anacronismo, al basarse en la presunción de una continuidad disciplinar, entendiéndose que puede que el historiador no desvele la dependencia que puede haber de otros problemas de otro nivel u orden.

No obstante, y pese a insertar en agenda los aspectos externalistas o sociológicos dentro del estudio de la ciencia y el conocimiento, este aspecto será uno de los focos de crítica hacia Kuhn. En este sentido, Pierre Bourdieu (2000, 2002 y 2008), a partir de los 1970, buscó no solo ampliar el marco de interpretación de las comunidades científicas sino también concebir al campo científico un espacio de lucha atravesado históricamente por diversos intereses, en el que se define, según la posición que ocupan los actores en pugna, el monopolio de la “autoridad científica” y la “verdad científica”. De esta manera, incluye la crítica de que no es posible plantear aisladamente los intereses propiamente científicos de los intereses políticos, económicos, sociales. El “campo científico” como forma de organización social de la ciencia, con sus particularidades y especificidades propias de producción simbólicas, lógicamente participa de las condiciones sociales de producción de una sociedad dada (Gallegos, 2013).



Foucault (1979), por su parte, en *“Arqueología del saber”* de 1969, también fue uno de los grandes críticos en la manera de hacer historia. Afirmó que la tendencia en la manera de narrar pasó de la utilización de grandes periodos, compuesto por una sucesión de hechos e incluía vastas unidades que describían épocas o siglos, hacia fenómenos de ruptura y desgajamientos en profundidad. El juego discursivo propuesto, por el contrario, incluye varios pasados, varias formas de encadenamiento, varias determinaciones y varias jerarquizas de importancia. En suma, para el autor, la historia del pensamiento parece multiplicar las rupturas y buscar los intersticios, la discontinuidad. Ante eso se pregunta *“¿Cómo especificar conceptos que permiten pensar la discontinuidad (umbral, ruptura, corte, mutación, transformación)?”* (Ob. Cit.:8). En parte, lo responde postulando la necesidad de incorporar un trabajo arqueológico, que incluye la ruptura de una manera de hacer historia, de definir relaciones de causalidad, la revisión del método y la fuente. En ese sentido, postula la necesidad de identificar acontecimientos de nivel distintos a las largas series *“rebeldes a una ley única”, “irreductible a un modelo general”* y, en lugar de pensar la discontinuidad como estigma, propone que esta sea una operación deliberada del historiador (Ibidem.:13). Este tipo de marco, no solo tiene consecuencias en la manera, en el método histórico, sino también en las consecuencias que genera. Es decir obliga a dejar de pensar como una *“historia global”* o *“historia general”* que parte de establecer relaciones homogéneas, un *“principio de unidad”* coherente, con un centro único, para pensar la dispersión en el espacio (Ibidem.:15). El descentramiento, por tanto, con influencia nietzscheana, implica una forma diferente de definir problemas e invita a realizar un trabajo arqueológico. Es decir, desconfiar de las unidades del discurso, donde el documento no es el instrumento que posee el pleno derecho a la memoria, sino incluir las historias de los anexos y de los márgenes, incluir las *“filosofías de las sombras”* e incluir los errores más que la verdad. Para ello se focaliza en el discurso, no como transparente ni generalizable, sino como práctica que obedecen reglas y que requiere un análisis diferencial de sus modalidades. En palabras de Contreras (2017:154), *“mientras el historiador como representante de la lógica discursiva moderna, pretende hilvanar, el arqueólogo pretende deconstruir, derrumbar la noción de continuidad y de progreso”*.

Skinner, durante los '80, en un contexto diferente y enmarcado en la Escuela de Cambridge, también confrontará la *“mitología de la coherencia”* (Palti, 2007). Es decir, el hecho de desechar las contradicciones, relativizar las ambigüedades y las obras “menores” que, según los presupuestos



modernos, atentan contra la comprensión histórica. Pero, por otro lado, se diferenciará de ciertos postulados foucaultianos, en el marco de su crítica al textualismo, y la necesidad de darle un mayor protagonismo al contexto. Pero lejos de privilegiar lo contextual como ámbito suficiente para hacer historia, rechaza el privilegio de los contextos sociales antes que los lingüísticos, entiendo que se recaería en una subordinación a las condiciones “materiales”. En efecto, el contexto no es el determinante de lo que se dice, sino más un conjunto de convenciones que delimitan el rango de las afirmaciones disponibles para un autor. Más que el externalismo contextual y el internalismo textual lo que pretende es la interpretación en sí misma y para ello es necesario el estudio de las categorías mentales del pasado. De tal manera, refiere a un contexto lingüístico como clave para analizar las intenciones de los autores al comunicar sus ideas. En otras palabras, en una nueva mirada que atiende al contexto y a la posibilidad de interpretar las intenciones de los autores (Contreras, 2017). Di Pasquale (2011), en particular, señalará que Skinner y dicha escuela inglesa hicieron aportes fructíferos en al menos dos sentidos. Por un lado, a partir del papel que le otorgan al lenguaje, en la medida que constituyen un espacio de acción y un proceso performativo en el medio social y cultural en el cual se desenvuelve. Por otro, en el análisis de los lenguajes puestos en circulación y, por ende, por preguntarse cómo un autor dialoga con los problemas políticos de la época. De ahí que se considere que lenguaje es en sí mismo un hecho político.

Ahora bien, si el foco de crítica histórica se centra en América Latina, Altamirano (2005) en su posicionamiento en lo referido a la “historia intelectual”, relata la erosión de la credibilidad en los grandes paradigmas unitarios de explicación del mundo social de finales de siglo (funcionalismo, marxismo, estructuralismo) y, por otro lado, la pluralización de los modos o puntos de vista para interrogar e investigar el pasado. Por su parte, Zermeño (2003), al momento de hacer mención de los temas dominantes de la historiografía intelectual de la región, menciona que los análisis tendieron históricamente a adoptar dos enfoques. Una orientación liberal, en la medida que enfatiza los rasgos y la capacidad individuales para generar ideas e influir socialmente y, otro, con orientación socialista o gramsciano que desplaza el punto de observación de los intelectuales de las elites al de las masas o cultura popular. Lo cierto es que pese a las transformaciones teóricas al momento de identificar problemas, el contexto contemporáneo se ve imbuido no solo por nuevas corrientes de pensamiento sino también por nuevas interdependencias que inciden en las formas



de hacer un análisis intelectual. Entre otras cosas, por ejemplo, el contexto contemporáneo no solo interpela al investigador a incluir marcos institucionales como el anclaje al medio universitario sino también por incluir relaciones tales como los medios masivos de comunicación. O, también, los criterios de producción, distribución y medición en los que se ven inmersas las comunidades científicas, sino también otros medios de divulgación.

En este marco esta tradición se vio nutrida de las diversas transformaciones del conocimiento de finales de siglo y, en particular, una relectura del giro lingüístico en clave política del contexto regional. En tal sentido, Contreras (2017:154) sostiene que ambiente intelectual de la segunda mitad, experimentó el impulso a partir del “*linguistic turn*”. En efecto, para el autor es innegable que el estudio del lenguaje, de sus consecuencias en los individuos y en la cultura ha sido el espíritu que animó la discusión que se ha renovado constantemente en la historia intelectual. De ahí que postule, entonces, que este campo pretende incorporar al ámbito de la reflexión histórica el impacto de la discusión sobre el lenguaje en el ámbito de la filosofía e historia, desvanecer la influencia de los grandes textos, grandes relatos, y otorgar nueva centralidad a la política como tema de investigación y análisis. Por otro lado, recupera los aportes de Hayden White al afirmar que la relación entre el historiador y la realidad está lingüísticamente mediada y, por tanto, se convierte en un factor estructurante de la comprensión del mundo. De tal manera, la historia no se trata de la simple acumulación de hechos para la conformación de crónicas sino de la elaboración de un discurso basado en la narración, en la explicación, y por tanto, construcción figurativa.

Di Pasquale (2011), por su parte, observa que cada vez es más notorio el reemplazo de categorías tales como “ideas”, “ideologías”, “mentalidades” para la aplicación o utilización de términos tales como “discursos”, “lenguajes” y/o “conceptos”. Postula que existe un alejamiento de la tradicional historia de las ideas hacia una nueva historia intelectual que prioriza las formas en las cuales los pensamientos se inscriben y se reproducen socialmente en un determinado espacio y tiempo y no tanto en los contenidos. De ahí que, con las transformaciones en las ciencias sociales de finales de siglo, se gestó una multiplicidad de críticas sobre el “*dogma logicista*” que daba sustento a los mecanismos conceptuales y argumentativos de las relaciones del conocimiento, y la crítica, tuvo lugar en los mismos procesos de inteligibilidad de las ciencias sociales, incluyendo la historia. En efecto, para el autor la nueva historia intelectual emerge en este contexto de tránsito y crisis de las



ciencias sociales y, como tal, encuentra el gran desafío de incluir distintos niveles e interconexiones. Específicamente, sostiene (Ob. Cit.: 91) que *“el “exceso de realidad” que sustentaba la historia intelectual tradicional provoca en la actualidad desde los nuevos lineamientos de la nueva historia intelectual un “exceso de abstracción”* o lo que es lo mismo, al considerar a las ideas vaciadas de contenidos y desplegadas sólo a través de los contornos de sus actos comunicativos, como meras categorías lingüísticas aisladas de su contexto social. Este sesgo de *“linguisticidad”*, según el autor, debería articularse desde una historia cultural o, si se prefiere, desde una historia de la cultura política. Esto lleva al autor, sostener, que la historia intelectual se define dentro de los parámetros de la ciencia histórica, pero por su objeto de estudio mismo, se encuentra en un límite, reviste y considera necesariamente la articulación con otras ciencias humanas.

En palabras de Elías Palti (2007) el objetivo de la historia intelectual no solo pasa por analizar qué dijo cada autor o una corriente en particular sino cómo fue posible para éste o esta decir lo que dijo en un contexto determinado. Es decir, que para el estudio de los lenguajes político es necesario traspasar la instancia textual y acceder a aparato argumentativo que le subyace. Por tanto el estudio de los lenguajes obliga a traspasar el plano de los contenidos explícitos de los textos, el nivel semántico, e incorporar la consideración de la dimensión pragmática del lenguaje (texto-contexto). Por otro lado, esta escuela afirma el carácter plenamente histórico y contingente de las formaciones discursivas, en la medida que no constituyen sistemas lógicos y racionalmente integrados, sino sólo precaria y contingentemente articulados. En un concepto se encuentran siempre sedimentados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciación diversas (diacrónico) pero este tiene, a la vez, la capacidad de transponerse a sus contextos específicos de enunciación, de generar asincronías semánticas.

Condiciones de emergencia (y sesgos) en la historiografía del saber turístico

En virtud de lo anterior, Immanuel Wallerstein (1996), a los efectos de historizar las ciencias sociales en el escenario de posguerra, identifica tres grandes procesos que afectaron profundamente la estructura científica. Por un lado, identifica el cambio en la matriz política internacional a partir de la hegemonía norteamericana y, con ello, las prioridades científicas que surgieron de dicho proceso



y, por otro, los procesos de re-afirmación de pueblos no-europeos del mundo. Este proceso, de índole geopolítica, repercutió no solo en nuevas hegemonías observadas en la producción, legitimación e institucionalización del conocimiento sino que, también, conllevó al cuestionamiento de mucho de los supuestos ontológicos vigentes en las ciencias sociales. Por otro lado, destaca la expansión poblacional y productiva que conllevó a diseñar nuevos mecanismos de financiamiento para la ciencia, donde no solo se consideró los aportes que podrían hacer los grandes estados sino también y progresivamente, nuevos actores, las fundaciones y empresas. Y, por último, cabe destacar, la expansión extraordinaria tanto cuantitativa como geográfica del sistema universitario y científico del mundo. En relación a este punto, esta expansión tuvo diversas implicaciones organizacionales, como son el aumento en la especialización, los aumentos presupuestarios destinados a los órganos técnicos, el ingreso de nuevas voces al escenario, la expansión geográfica a partir del reclutamiento de estudiosos/intelectuales de otras regiones y una dinámica expansiva y hasta superpuesta de las disciplinas. En esta línea, por ejemplo, uno de los impulsos norteamericanos -aunque no será único- fue la creación de los estudios de área, que fueron entendidos como campos que podrían reunir un grupo de personas a partir de un interés común y donde se buscarán llevar a cabo abordajes multidisciplinarios. La condición de interdisciplinariedad se consideró el camino para promover, por ejemplo, estudios de la comunicación, ciencias administrativas, del comportamiento, entre otros. Por su parte no existe solamente un desplazamiento de unidades de análisis, sino un renovado interés por otras escalas, como regiones, espacios globales o locales.

El punto es que esta superposición de disciplinas tuvo una consecuencia doble. Por un lado no solo resultó cada vez más difícil hallar líneas divisorias sino que, además, condujo a un cuestionamiento en torno a la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada. De hecho, un renovado interés en las enfoques, dinámicas y prácticas en las formas de hacer historia alentado a partir de los puentes y diálogos con otras ciencias, tales como las ciencias políticas, economía o sociología. De ahí que si durante el periodo de 1850-1945, el número de nombres utilizados para clasificar la actividad del conocimiento en las ciencias sociales se fue reduciendo, dicha tendencia se invirtió completamente en el escenario de posguerra. No obstante, si hay algo que caracterizará a dicha expansión, es su disparidad, privilegiando en particular las ciencias naturales y en el campo de las sociales, las ciencias nomotéticas.



Randall Collins (1996) por su parte plantea cuatro grandes tradiciones sociológicas que caracterizaron las ciencias sociales en el siglo XX. Si hay un aclaración en la que va a insistir el autor es que no son las únicas sino que constituyen las construcciones medulares del pensamiento sociológico ya que ostentan continuidad en el tiempo, profundidad de pensamiento y resultan, a su entender, un indicio de la tendencia central que impera en el conocimiento. Destaca, además, que constituyen sociologías del conocimiento y así como poseen posicionamientos distintivos a la hora de abordar la realidad social conllevan, también, un determinismo social en sus propios fundamentos. De esta manera, identifica a i) la tradición del conflicto, asociada a las raíces intelectuales de Marx, Engels y Weber; ii) la tradición utilitarista, también designada como teoría del intercambio o de la elección racional, iii) la tradición durkheimiana identificada con su principal expositor pero al mismo tiempo subdividida en dos facciones. Una centrada en la macro-estructura de la sociedad, desde una forma organicista y evolucionista e identificada, generalmente, con los funcionalistas y, otra, asociada al linaje de la antropología social, poniendo su acento en los rituales sociales. Por último, se destaca la tradición iv) microinteraccionista en versiones tales como la pragmática derivada de Peirce y Mead, la línea interaccionista simbólica y, además, la sociología fenomenológica o etnometodológica de Schutz y Garfinkel.

Pero, tal como se expresó anteriormente, lejos de ser un proceso histórico homogéneo, se caracterizó por cuestionamientos conformación de ciencias sociales y los supuestos inmersos en ellas, en especial, para científicos y filósofos latinoamericanos. Específicamente, la tesis fundamental de que existe un camino modernizante y evolutivo universal común para las naciones tuvo una marcada reacción en América Latina a partir de las interpelaciones de escuelas como el estructuralismo, la teoría de la dependencia, desarrollismo o los movimientos posteriores enmarcados en la(s) filosofía(s) de la liberación. Por otra parte, la emergencia del pensamiento poscolonial, no se plantea tampoco a partir de una lectura lineal, progresiva, entendida como una búsqueda de ampliación de conocimiento en la región, sino que por, por el contrario, por plantear las consecuencias del “epistemicidio” (Cortes y Morales, 2017:16). Es decir, la búsqueda de descolonización teórica, política y epistemológica más allá del eurocentrismo y la racionalidad dominante. Es decir, una propuesta que destaca lo excluido, como voces indígenas, feministas, o afrodescendientes.



Por otro lado, cabría citar los aportes de Yoram Weiss (2008) al momento de abordar la relación de los estudios del y la historia de las ideas. En este sentido, en su artículo “*Work and Leisure: a History of Ideas*”, incluye el problema epistemológico que se origina a los efectos de analizar el “uso del tiempo” como problema de investigación en sí mismo. Tal es así que sostiene que las transformaciones vistas en el campo del conocimiento implicó el abandono progresivo de una lógica binaria constituida a partir de la dicotomización de ocio-trabajo. Sostiene, en efecto, que la primera mitad del siglo insertó el debate del ocio como opción y no solo bajo la secuencia de recuperación de la capacidad física del trabajador y, por tanto, ello invita a insertar temas tales como la división social del trabajo, género y familia, religiosidad y modelos de acumulación, grupos de pertenencia y normas sociales así como también la perspectiva de los “outsiders” o “intrusos/forasteros”. Este punto no es menor, sobre todo si se consideran los aportes de Walton (2011), quien postulará que la historia del turismo siguió una trayectoria similar a otros estudios de ocio, como los deportes, en la medida que lentamente fueron ganando aceptación por fuera de sus propios límites y fronteras.

Cuenca Cabeza (2006), refiriéndose, al origen de los “Estudios del Ocio”, marca una diversidad de procedencias en la que cada una de ellas le otorgó un determinado carácter, énfasis e impronta. Específicamente, mientras los Estados Unidos lo vinculó inicialmente con la naturaleza, los parques, espacios naturales y con psicología, la terapia y la rehabilitación, en Europa, estuvo más relacionada a la vinculación con la tradición filosófica que une el ocio al ejercicio de la libertad y, consiguientemente, al desarrollo de la persona. Duque Buitrago et al. (2008), por su parte, y a los efectos de comparar la producción científica de los latinoamericanos con respecto al ocio, identifican seis variables de análisis: a) tiempo, b) actividad, c) actitud, d) sensación, e) contextual e f) individual. De tal manera, identifica que es más recurrente que los autores de otras latitudes refieran al tiempo como una división o administración de los tiempos para el descanso y que el ocio surja a posteriori de las obligaciones laborales. Por el otro lado, resulta común latinoamericanos le asignan la sensación de emancipación. Es decir, que planteen y posicionen al ocio como cuestionador del orden social establecido, de la política, de la economía, de la pedagogía, de la expresión humana y le asignan responsabilidades de gestión a la comunidad para el equilibrio social, la calidad de vida, el encuentro humano y la improductividad para el sistema.



Si a lo anterior se lo busca datar diacrónicamente Rojek (1997), establece una cronología, caracterizada por tipos ideales de tres movimientos en tres periodos diferentes. Por una parte, un apego i) funcionalista que fue característico de la posguerra, hasta la década de los 70, siendo ese momento el momento de consolidación de ii) los abordajes estructuralistas. Por su parte, a partir de la última década del siglo, identifica el avance de iii) las teorías posmodernas. Entre las diferencias que encuentra, entiende, que los abordajes funcionalistas le asignan una posición voluntaria y autodeterminación a la agencia humana. En todo caso, la práctica de ocio mejorará la integración en términos del orden societal. Por otra parte, ante la falta de incorporación del conflicto y de las influencias meso-macro, como la clase, el género y la raza, se produjeron reacciones en diferentes teorías que se identificaron con el estructuralismo. Dentro de la diversidad que coexistió, identifica dos alas principales, el marxismo y el feminismo. Mientras que la primera tiende a enfatizar en la cultura de consumo como mercantilizada y al ocio como mecanismo de control social, el feminismo, heterogéneo en su expresión, puso de manifiesto que las desigualdades no solo son materiales, sino también de género y simbólicas. Específicamente, dentro de este último anclaje analítico, el patriarcado implica el uso sistemático del poder masculino para subordinar o excluir a las mujeres de muchos aspectos de la economía y la sociedad civil, entre las que se destaca la práctica del ocio. Finalmente, la última delimitación cronológica, se expresa en una expansión bibliográfica y en una diversificación difícilmente delimitable sin precedentes en el campo, pero, con cierto común denominador asociado a la crítica a las categorías centrales del pensamiento moderno. De tal manera, los postulados especifican que a experiencia de la vida cotidiana está marcada por la fragmentación, la diferenciación, la diversidad y la movilidad. En este marco, y por consecuencia, el comportamiento humano difícilmente pueda ser explicado por situación de clase, poniendo en evidencia la dinámica entre los procesos locales y globales y el papel de la micropolítica.

En lo que refiere a los aspectos y aportes de la teoría de clases, Chaves Flores (2005) toma los aportes de Hobsbawm, para afirmar que existieron tres grandes factores decisivos para la conformación de la ciencia social de los viajes y, algunas pequeñas revoluciones que permitieron pensar al turismo, incluso, como una necesidad social. Por un lado, y en términos generales, identifica en la primera parte del siglo, el incremento en la educación formal y universitaria, el crecimiento y expansión de los deportes en un marco de competencia y ocio, y, además, la creciente valorización



de la vida cotidiana vista en la cultura y en ciertas costumbres. Por otro, señala el rol que comenzó a adquirir la industria publicitaria en la construcción de imaginarios (excitación), el rol seductor en la creación de “paraísos” y, en particular, la expansión del cine y fotografía, como forma de anticipación y fantasía del “cuerpo” y el “alma”.

Pero uno de los aspectos más interesantes de su trabajo radica en plantear una serie de preguntas y disparadores historiográficos, que si bien no tendrán desarrollo, constituyen temáticas muy incipientes abordaje por parte de los estudios turísticos. En ese sentido, por ejemplo, pone en valor las relaciones entre la práctica turística y lógicas patriarcales dentro de ciertos marcos históricos. En este sentido, destaca las potenciales contribuciones que podría realizar una tradición como la psicoanalítica a los efectos de estudiar el “impulso sexual” y el espacio dedicado a la mujer dentro las actividades del ocio y placer, como es el caso de los viajes organizados exclusivos para mujeres de Thomas Cook. Así también, surgen interrogantes en torno a la noción de “tradiciones inventadas”, marcada por la política y el nacionalismo. Esta temática, con mayor desarrollo en la historiografía turística, refiere a los mecanismos del turismo como laboratorio de tradiciones que implica el establecimiento de un lenguaje elaborado con prácticas y comunicaciones simbólicas específicas. Sin ir más lejos, refiere por ejemplo a la cultura futbolística de finales de siglo XIX y principios del XX, y la incorporación de otros grupos sociales a prácticas tradicionalmente relacionadas con la aristocracia. Las invenciones, políticas, en este sentido, se relacionarán al nacionalismo y la lucha de clases, a partir del uso de signos como banderas, himnos, canciones, desfiles, entre otros. De esta manera, incorpora la tesis del turismo como fenómeno civilizatorio de las sociedades capitalistas, en donde a medida que la práctica turística se va asentando durante los primeros 50 años del siglo XX, también se afirmaba un pragmatismo referido a la producción masiva de tradiciones. Es decir, no la tesis de una simple emulación de las clases bajas con respecto a las clases altas en lo que refiere a las prácticas de ocio, sino también, tesis referidas a nuevas formas de control, opresión y/o hegemonía política.

Ahora bien, si además de ciertas condiciones de emergencia, lo que se busca es agregar valor a partir de una relectura de segundo orden, se pueden identificar algunas características. En este sentido se postula que el campo de los estudios turísticos encarna, como ámbito del saber, ciertos sesgos a la hora de pensar los problemas y procesos sociales en clave histórica. Sin considerar que sean los únicos ni excluyentes los uno de los otros, se sostiene que la historia del turismo a) ha



sido escasamente abordada, con una tendencia b) racionalista, gradualista y consensual, marcado por una narrativa con c) hegemonía occidentalizada y angloparlante, recurriendo a d) holgadas y estrechas fuentes historiográficas, y, además, caracterizada por una e) poca democratización en términos de los actores y espacios incluidos en las narrativas.

En cuanto al primer punto, se podrían tomar los aportes de Walton (1997, 2011), uno de los investigadores más reconocidos dentro de este sub-campo. Específicamente, en diversas publicaciones señala que no solo en el turismo como disciplina o campo ha dominado los abordajes económicos y de la administración, sino que también, incluso, no ha sido aceptado en el núcleo central de los problemas de la historia europea y ha sido excluido del *mainstream* profesional, siendo en general un abordaje “remoto” e “intermitente” (Ob. Cit.:3). No obstante, se podría afirmar han existido cambios sustantivos durante el siglo XXI que brindan señales de nuevas inclusiones y prioridades. A tal efecto, observa que, por ejemplo, en el contexto inglés aparece una inclusión otras temporalidades, como ciertas décadas que habían sido escasamente estudiadas, otras espacialidades, como los estudios de la periferia, o actores, como los estudios de género. En este sentido, destaca como uno de los hitos de esta institucionalización la fundación en 2003 de la “*International Commission for the History of Travel and Tourism*” (ICHTT), afiliada a la comisión internacional de ciencias históricas, y que provee un foro regular de conferencias y simposios. Por otra parte, también destaca la necesidad de abordar las genealogías intelectuales y las circunstancias mediante las cuales fue generado y mantenido dicho conocimiento. Pero aclara que implica desentender el proceso como una vía de una sola mano y, por el contrario, la potencialidad que abre el turismo como campo y como objeto de estudio de enriquecer las perspectivas históricas.

Chaves Flores (2005), al momento de referirse al contexto brasilero, sostiene que la “turismología”, a la que define como la ciencia social de los viajes, necesita de los aportes de la historiografía. En ese sentido, no solo reconoce que sus bases teóricas aún no están maduras y asentadas sino que también ha existido un peso desigual en relación al lugar que ha tenido el turismo con respecto a otras disciplinas tradicionales. De hecho afirma que, al contrario de la geografía y la economía, la contribución epistemológica por parte de los historiadores y turismólogos es muy acotada. Convive, por tanto, una cierta contradicción. Por un lado cierta resistencia o relego de considerar al turismo como objeto de estudio de importancia y, por otro, cierto crecimiento y diversificación pero que aún



no logra penetrar dentro del proceso intelectual más consolidado. Tendencia que no la circunscribe al contexto solamente latino, sino que afirma sino las tendencias de las ciencias sociales y humanas a tener un particular énfasis en el “*dogma del trabajo*”.

El punto es que no solo se trata de un abordaje difuso o errático sino que también, el mismo se caracterizado por un dejo “evolutivo”, “racionalizante” y, en particular “consensual”. Quizás uno de los más reconocidos autores que manifiesta esta forma de historizar es Jafari (2005) quien identifica una serie de plataformas a los efectos de caracterizar el tratamiento del turismo por parte de distintas comunidades del saber. En este sentido, y si bien reconoce que las mismas no caducaron, relata un proceso que comienza más fuertemente con la plataforma “apologética” consolidándose en la “científico-centrica”, en los últimos decenios del siglo. En otra palabras, se trata de un análisis que ha tenido un gran impacto en la literatura, que resulta interesante por su capacidad de sistematización de una variada y extensa producción bibliográfica, pero que peca de “totalizante” y “generalista”. Es decir, una narrativa que no visibiliza, por ejemplo, la multiplicidad de actores con intereses diversos que disputaron y disputan las formas de entender y explicar la práctica y desarrollo del turismo o, por ejemplo, que no incluye desigualdades u otras geografías más allá de las europeas. En este sentido, se podría argumentar la coexistencia de diferentes intereses en relación al estudio de la práctica turística dentro incluso de una misma plataforma.

Por su parte, y se recupera el marco historiográfico de Foucault (1979) planteado previamente, se podría destacar que el turismo en general ha tendido a una forma tradicional de hacer historia de las ideas. Es decir, un discurso que narra el paso de la no-cientificidad a la ciencia, que trata de una progresión lenta, de un campo confuso a la estabilidad, cuya estructura se compone de una génesis, continuidad y totalización. Por el contrario, se postula la necesidad de trabajos de tipo arqueológicos. Es decir, búsquedas que no se caractericen por una sincronía masiva, amorfa y dada globalmente y menos buscar un descubrimiento inicial del cual todo puede deducirse y derivarse. Además, que las contradicciones tomen protagonismos, los “*espacios de disensión*” (Ob. Cit.:257) en términos del filósofo francés.

Por otra parte, y en relación al tercer punto, cabría remarcar la hegemonía de los estudios británicos, en términos de cantidad, antigüedad como así también en la selección de tópicos. Lo cierto es que para América Latina se tratará de un contexto cuyas condiciones serán radicalmente diferentes a lo que estaba sucediendo en otras latitudes y, por tanto, que exige a la narrativa nuevos puntos de



partida. En otras palabras, se insiste en que la modificación de las condiciones económicas, políticas, sociales y ambientales propias de los años 70, por ejemplo, orientó, impulsó, obstaculizó y hasta censuró la práctica de investigación y el tipo de conocimiento esperable. Se trata, en definitiva, no de meros datos que hacen a un momento dado, sino de variables fundamentales que incidieron en el curso de la institucionalización de las ciencias, tanto como de las trayectorias biográficas y profesionales de sus pensadores. Dichas modificaciones, pese a ser multidimensionales, tendrán una fuerte impronta política, tal como se expuso anteriormente, a partir de los procesos de persecución y censura con al menos un doble registro: institucional e intelectual. Institucional, en la medida que la inauguración de un gobierno militar era acompañada por la intervención de las universidades, lo cual implicaba la interrupción de sus actividades académicas, la reducción de espacios o la migración a nuevos centros, e intelectual.

Giordano (2007) expone en relación a esto último que durante este contexto los pensadores enfrentaron los avatares de las dictaduras y las transiciones a las democracias -fundamentalmente la censura, la marginalización, el exilio, la represión violenta y hasta desaparición, con dataciones diversas, siendo la dictadura de Alfredo Stroessner en Paraguay una de las que inaugurarán este proceso. Andrade (1990), agrega la idea de “ilegitimidad política” y supresión de la jerarquía institucional de la sociología, las ciencias de la comunicación y la psicología en Argentina, la supresión de centros de investigación, la persecución y expulsión de intelectuales, en Chile y el agravante centroamericano de sus guerras civiles. Estos procesos, sumados, a condicionamientos estructurales, como la existencias de endebles mecanismos de documentación profesional y la dependencia respecto de los organismos y las fuentes de financiamiento internacionales, resultaron grandes limitantes para el avance y desarrollo de las ciencias en general y, en particular, las vinculadas a las sociales y humanidades.

Asimismo, la narrativa histórica no solo ha sido relegada, y desigual, sino que también estuvo caracterizada por la prevalencia de ciertos idiomas. Pearce (2014), por ejemplo, afirma que coexisten diferentes grados de internacionalización en turismo en función de las dimensiones internacionales particulares del proceso de investigación y, con ello, importantes desigualdades en términos de alcance geográfico. Puesto en otros términos, si bien se podría presuponer que publicar artículos de habla hispana hace que tengan un alcance internacional, lo que sucede es que estos terminan



teniendo más un alcance iberoamericano más que global. Y si bien es cierto que existen excepciones, los investigadores latinoamericanos generalmente tienen poca presencia en las principales revistas de turismo y hospitalidad en idioma inglés. Asimismo, si bien destaca una serie de las correlaciones que inciden en el grado de internacionalización de la investigación turística en un país, como el tamaño de un país, la participación del sector en su economía así como el tamaño de la comunidad académica influyen en el impulso y el grado de internacionalización, lo cierto es que el lenguaje desempeña un papel determinante en la difusión de los resultados de la investigación y en la adopción de ideas y técnicas.

Se podría agregar, según Towner (1995) que los abordajes históricos del turismo están y estuvieron tradicionalmente condicionados por ciertas perspectivas particulares, relacionadas al dominio de la historia de la experiencia cultural occidental y un relato con sesgo “esencializante”. De esta manera la trayectoria comúnmente narrada incluye una cronología que tiene por inicio las prácticas de ocio de los antiguos griegos y romanos, la posterior emergencia del turismo durante el renacimiento y, en particular, el desarrollo de los spas y el “*grand tour*” durante el siglo XVII y XVIII. Dicha secuencialidad, estará en estrecha relación con una historia de la “riqueza”, a partir de la creación de prestigiosos “spas” y grandes resorts costeros, así como la posterior invención de agencia de turismo internacional liderada por Thomas Cook. Desde esta visión, por tanto, el turismo irá creciendo más allá del origen británico y oeste europeo, para ir creando categorías tales como “*pleasure peripheres*” (*periferias del placer*) y, en términos de clase, progresivamente desde las clases altas a las bajas y a la cultura de los trabajadores a partir de la tesis de “*class emulation*” (*emulación de clase*). Cuestiona, por tanto, que aún se sabe significativamente poco de otras historias del ocio, y que resulta difícil creer que otras culturas tales como chinas, indias o japonesas no incluyeran prácticas recreativas y viajes de placer. Se trata, en definitiva, de un relato histórico focalizado en a) personalidades claves (Cook, Lunn, Butlin o Disney) y en b) innovaciones que son tecnológicas (rutas, vías, autos, aviones, etc.) o bien de negocios (paquetes turísticos, vuelos *charters*, cheques de viajeros, etc.). Ello da lugar a caracterizar un tipo de historia formalista, no solo hegemónicamente centrada, sino descuidando gran cantidad de fuentes historiográficas, unidades de análisis, como actividades informales, otros actores u otras geografías. En esta línea, Towner (Ob. Cit.) agregará la necesidad de estimular las conexiones con otras fuentes alternativas (cuadros, pinturas, fotografías, recursos literarios, entre otros).



Machin (2000) agregaría que la figura de Thomas Cook y su popularización de la categoría de “viaje organizado” en su carácter colectivo, centralizado, ha sido uno de los temas más largamente difundida de la historiografía del turismo. Una escala que arribó a los 6 millones de turistas organizadas por tren. En este sentido, uno de los principales desafíos que encara el campo es que su estudio re-piense, re-indague e interpele su historización e historiografía en el que al menos se cuestione la idea de que el turismo es un fenómeno reciente, nacido de la revolución industrial, la democracia y los avances tecnológicos principalmente de Europa y Estados Unidos, tal como interpela Korstanje (2013).

Page (2006), por su parte, y en base al análisis de dos de las revistas líderes de turismo a nivel mundial a partir de los 80', sostiene que existe un desequilibrio y lejanía entre los estudios turísticos y la historiografía. Señala, de hecho, que han existido bajos niveles de involucramiento por parte de los investigadores en el análisis histórico, prevaleciendo los enfoques de historia general y, de los particulares, los estudios de resorts costeros de Inglaterra así como del *grand tour*. No obstante, agrega que aún prevalece cierta dependencia a la descripción del contexto material a los efectos de dar una contextualización y una falta de métodos académicos para la reconstrucción del pasado. Se suma, el hecho, según Towner (1995) de que no solo existen pocos trabajos con rigurosidad contextual, es decir, capacidad de dar un marco amplio de entendimiento de cierto proceso histórico, sino la debilidad derivada de la poca integración entre los mismos estudios de ocio y recreación. Korstanje (2008), agregaría, que uno de los problemas a resolver es que buena parte de los trabajos, conciben ciertas prácticas occidentales como producto derivado exclusivamente de la antigüedad. Concebir a las sociedades modernas como herederas de Roma no sólo se convierte en una tesis falsa sino también ideológicamente sesgada.

Pero pese a las diversas opiniones existentes respecto al tema existe un consenso manifiesto en afirmar que para investigar en turismo se requiere fortalecer su cuerpo teórico (Ascanio, 2010) especialmente en la predominancia de abordajes positivistas para el campo de investigación en turismo. De esta manera, autores como Caripán (2010) o Nava Jiménez y Castillo (2017), alertan en torno a que la racionalidad técnica y tentación pragmática. Barreto (2007), en particular, especifica que en los últimos cuarenta años se han desarrollado cerca de 200 modelos para explicar el turismo como un sistema pero que a la vez la perspectiva crítica presenta un notable avance que ha sido replicado en el ámbito latinoamericano. Si se toman los aportes de uno de los referentes mexicanos,



como, Casillo Nechar (2006), en su trabajo “*Orientaciones en la construcción del conocimiento turístico: acerca de su epistemología*” argumenta que, además de la predominancia de enfoques positivistas, es común encontrar estudios que transponen esquemas disciplinarios y metodológicos sin un ejercicio crítico y reflexivo. Asimismo, así como destaca excepciones, concluye que es aún embrionario el seguimiento dado a las perspectivas teórico-metodológicas específicas de la línea marxista, hermenéutica o fenomenológica. En esta línea, Pocock (2009) sostiene que un número importante de los científicos que investigan en turismo lo hacen desde su disciplina base, arraigados a los conceptos y teorías de la misma, prescindiendo de una mirada holística integradora. La abundancia de estudios desde la multidisciplinariedad ha provocado una fragmentación en las investigaciones turísticas y, en efecto, a una notoria tematización desde aspectos económicos, sociales, geográficos, psicológicos, sin una suficiente interrelación/diálogo entre las mismas.

Se podría agregar, a modo de síntesis, que de la revisión literaria respecto al tema se pueden destacar cuatro características. i) Si bien ha incrementado la bibliografía que aborda a la práctica desde distintos lugares, disciplinas y teorías, es preciso reconocer, también, que un número importante de la misma que es confirmatoria y reproductora (Lai, Li y Scott, 2015), que no es ii) homogénea en su producción, que iii) existe una tendencia al abordaje “micro”, particularizado o hiperespecializado, relacionado con los imperativos técnicos, descuidando debates disciplinares mayores que están relacionados con teorías, paradigmas o posicionamientos epistemológicos (Comparato y Moscoso, 2014) y que iv) gran parte de la bibliografía que se ha escrito no necesariamente tiene como campo o disciplina base al turismo, sino que, por el contrario, se aplican conceptos y teorías desde otras disciplinas y se los trasladan a este campo en cuestión.

Algunas conclusiones

Tal como se planteó en un principio, el presente escrito lejos de ser exhaustivo y excluyente, constituyó un abordaje problematizador a partir de analizar, en clave *metahistórica*, el tratamiento historiográfico del turismo como campo del saber. En ese sentido, se reconoció la necesidad de plantear una re-lectura de los estudios turísticos, a partir de diversos y selectos debates historiográficos generales que se dieron en el siglo XX. Será ese marco el que posibilitó identificar ciertas preguntas así como *deficits*



en los que los investigadores han recaído al momento de hacer historia de la ciencia. Es decir, si bien no son propiamente turísticos, permiten generar un marco analítico en el cual interpelar, también, la narrativa que ha caracterizado por mucho tiempo a los estudios del ocio. Entre ellos, se incluyeron problemas como diferenciar a la historia de la ciencia como cumulo de anécdotas, crónicas y anécdotas, racionalizadora, progresiva, acumulativa, presentista y, más aun, a crítica de los juegos y relaciones de poder involucrados.

El juego discursivo propuesto, por el contrario, incluye varios pasados, varias formas de encadenamiento, varias determinaciones y varias jerarquizas de importancia, buscar los intersticios y la discontinuidad. Ello implica, problematizar, no solo en términos de la agenda de discusiones que caracterizaron a ciertos momentos históricos, sino en su carácter tensional, disputado y conflictivo de la producción, distribución y aplicación del conocimiento. Puesto en términos concretos, relaciones de poder, visto en varios registros, intelectuales e institucionales, que posibilitaron procesos de dominación e invisibilización, donde conviven practicas hegemonizadas, osificadas, sedimentadas, y otros espacios, otros actores con propuestas de intelegibilidad pero con déficit de legitimidad en los campos en los que actúan.

Asimismo, el trabajo presentó algunos sesgos, que sin ser exhaustivos, le han dado una impronta a la forma de hacer historia del turismo. Tal es así que se sostiene que la historia ha sido escasamente abordada, con una tendencia a ser racionalista, gradualista y consensual, marcado por una narrativa con hegemonía occidentalizada y angloparlante, recurriendo a holgadas y estrechas fuentes historiográficas, y, además, caracterizada por una poca democratización en términos de los actores y espacios dispuestos.

Los Estudios Turísticos, en tanto campo del saber, aún en proceso de maduración y conformación, que disputa legitimación y que, pese a todo ello, manifiesta al menos una lógica discursiva dominante y, como tal, acarrea consecuencias *performativas* y de *disciplinamiento*. Por tanto, el trabajo del científico en turismo requiere un trabajo simultáneamente genealógico y arqueológico. En ese marco, se busca invitar a pensar otras latitudes, otras narrativas, que interpelan la visión de continuidad, de totalidad y de consenso que caracteriza su narrativa histórica.



Referencias

- Altamirano, C. (2005). De la historia política a la historia intelectual. Reactivaciones y renovaciones. *Prismas-Revista de Historia Intelectual*, (9), [11-18].
- Andrade, A. (1990). Trayectoria de las ciencias sociales en América Latina. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(141), [89-105].
- Ascanio, A. (2010). El objeto del turismo ¿Una posible ciencia social de los viajes?. *PASOS Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 8(4), [633-641]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.25145/j.pasos.2010.08.054
- Barreto, M. (2007). *Turismo y cultura. Relaciones, contradicciones y expectativas*. Tenerife: ACA y PASOS. Disponible en: <http://www.pasosonline.org/Publicados/pasosoedita/PSEedita1.pdf>. Consultado el 10/08/19.
- Belhassen, Y. & Caton, K. (2009). Advancing understandings. A Linguistic Approach to Tourism Epistemology. *Annals of Tourism Research*, 36(2), [335-352]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/j.annals.2009.01.006
- Bourdieu, P. (2000). El campo científico. En Bourdieu, P. *Los usos sociales de la ciencia*. [11-27]. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires: Editorial Montessor.
- Bourdieu, P.(2008). *Homo Ademicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caripan, H. (2010). Reseña de "Epistemología del turismo estudios críticos". *Gestión Turística*, (14), [121-125].
- Castillo Nechar, M. (Noviembre, 2006). *Orientaciones en la construcción del conocimiento turístico: acerca de su epistemología*. Trabajo presentado en IV Seminario de pesquisa em turismo do Mercosul, Caxias do Sul/ RS, [1-15].



- Chaves Flores, E. (2005). As fundações historiográficas da turismologia. *Sæculum–Revista de História*, (12), [142-163].
- Collins, R. (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas*, México: UAM.
- Comparato, G. & Moscoso, F. (septiembre, 2014). *Turismo y epistemología: un ejercicio de construcción y desconstrucción*. Trabajo presentado en VI Congreso Latinoamericano de Investigación Turística, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, [1-21].
- Contreras, J. C. (2017). Reflexiones sobre la historia intelectual. *Tiempo y Espacio*, 35 (68), [151-162].
- Cortés, A. & Morales, J. J. (2017). Repensar la sociología latinoamericana. *Temas sociológicos*, (21), [9-25].
- Cuenca Cabeza, M. (Ed). (2006). Aproximación multidisciplinar a los estudios de ocio. *Documentos de Estudios de Ocio*, (31), [11-19].
- Di Pasquale, M. A. (2011). De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: Retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión. *Universum (Talca)*, 26(1), [79-92].
- Duque Buitrago, H. C. Franco Betancur, S. A. & Escobar Chavarriaga, A. (2008). *Fundamentos conceptuales del ocio crítico desde una perspectiva latinoamericana*. (Tesis para optar al título de Magíster en Motricidad-Desarrollo Humano), Universidad de Antioquia, Medellín. Disponible en: <http://viref.udea.edu.co/contenido/pdf/160-fundamentos.pdf> Consultado el 10/08/19.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI editores.
- Gallegos, M. (2013). Kuhn y la historiografía de la ciencia en el campo CTS. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 8 (22), [153-177].
- Giordano, V. (Noviembre, 2007). *La sociología latinoamericana y la sociología histórica*. Trabajo presentado en VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Jafari, J. (2005). El turismo como disciplina científica. *Política y sociedad*, 42(1), [39-56].



- Iggers, G. (2012). *La historiografía del siglo XX*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Korstanje, M. (2008). Formas de ocio en la antigua Roma: desde la dinastía Julio-Claudia (Octavio Augusto) hasta la Flavia (Tito Flavio Domiciano). *El Periplo Sustentable* (15), [26-76]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.21854/eps.v0i15.935
- Korstanje, M. (2013). Turismus Systemae, Epistemología del viaje onírico. *International Journal of Safety and Security in Tourism*, (4), [24-35].
- Köseoglu, M. A., Sehitoglu, Y., & Craft, J. (2015). Academic foundations of hospitality management research with an emerging country focus: A citation and co-citation analysis. *International Journal of Hospitality Management*, (45), [130-144].
- Kragh, H. (2007). *Introducción a la historia de la ciencia*. España: Crítica.
- Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lai, K.; Li, J. & Scott, N. (2015). Tourism problemology: reflexivity of knowledge making. *Annals of Tourism Research*, (51), [17-33]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/j.annals.2014.12.003
- Lorenzano, P. (2011). La teorización filosófica sobre la ciencia en el siglo XX (y lo que va del XXI). *Discusiones Filosóficas*, 12 (19), [131 – 154].
- Machin, A. (2000). Datascares: Tourism and the historical geography of knowledge. *Tourism and Hospitality Research*, 2(4), [357-373]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1177/146735840000200406
- Martini Moesch, M. (2013). El origen del conocimiento. El lugar de la experiencia y de la razón en la génesis del conocimiento del turismo. *Estudios y perspectivas en Turismo*, 22 (5), [985-1001].
- Moro Abadía, O. (2006). "Presentismo": Historia de un concepto. *Cronos: Cuadernos valencianos de historia de la medicina y de la ciencia*, 9(1), [149-174].
- Nava Jiménez, C. & Castillo, M. (2017). Actualidad de la teoría crítica en los estudios del turismo, *Revista Turismo y Sociedad*, 20, [47-74]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.18601/01207555.n20.03.



- Page, S. (2006). Review essay: Progress in tourism history—The contribution of recent historiography to tourism research. *Tourism Management*, 27 (5), [1074-1077]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/j.tourman.2005.10.004
- Palti, E.. J. (2007). La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina. *História Unisinos*, 11(3), [297-305].
- Pearce, D. (2014). The internationalization of tourism research. *Journal of Travel Research*, 53(3), [267-280]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1177/0047287513491336
- Pocock, N. (2009). Proposing a post-disciplinary approach to research through ontological and epistemological reflection. University of Waikato, [1-23].
- Rieznik, M. (2007). Para una historiografía de la ciencia en América Latina. En Lorenzano, C. *Historia de la Ciencia Argentina III*, [1-10], Buenos Aires: Eduntref.
- Rojek, C. (1997). Leisure Theory: Retrospect and Prospect. *Loisir et Société / Society and Leisure*, 20(2), [383-400]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1080/07053436.1997.10715549.
- Sheldon, P. J. (1991). An authorship analysis of tourism research. *Annals of Tourism Research*, 18(3),[473-484]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/0160-7383(91)90053-E.
- Svensson, G., Svaeri, S., & Einarsen, K. (2009). 'Empirical characteristics' of scholarly journals in hospitality and tourism research: An assessment. *International Journal of Hospitality Management*, 28(3), [479-483]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/j.ijhm.2008.11.004
- Towner, J. (1995). What is tourism's history?. *Tourism management*, 16(5), [339-343]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1016/0261-5177(95)00032-J
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Walton, J. (1997). Taking the history of tourism seriously. *European History Quarterly*, 27(4), [563-571]. Consultado el 10/08/19. doi: 10.1177/026569149702700406.



Walton, J. (2011). Tourism and History. *Contemporary Tourism Reviews*, Oxford: Series Editor Chris Cooper, Goodfellow Publishers Limited, Woodeaton, [1-22].

Weiss, Y. (2009). Work and leisure: A history of ideas. *Journal of Labor Economics*, 27(1), [1-20].

Zermeño, G. (2003). El concepto intelectual en Hispanoamérica: Génesis y evolución. *Historia Contemporánea*, (27), [777-798].